

Un amor poco común

Texto y foto GEIDIS ARIAS PEÑA

Ella se enamoró desde los primeros encuentros. Estaba convencida de que lo necesita todo el tiempo y aunque intentó, alguna que otra vez, abandonarlo, solo consiguió entregarse completamente a su delirio: el campo, eso que muchos catalogan como su gran obsesión.

La granmense Misleydis Cedeño Guerrero tenía apenas 18 años cuando decidió dejar los estudios de tecnología en Rayos X y solicitar un crédito de 22 mil pesos al Banco para comenzar una nueva vida como productora de arroz en la Cooperativa de créditos y servicios Francisco Pi Figueredo.

“Los miedos por el cambio no llegaron, a pesar de que fui la primera mujer en el territorio que pedía tierra en usufructo. En la casa, mi mamá me apoyó mucho. Solo dijo ‘tú tienes capacidad para eso, sabes lo que haces’”.

A partir de aquel momento, su delgada figura experimentó el arduo trabajo en la tierra que, desde la infancia, “fue un anhelo y hoy es un sueño hecho realidad”.

Camisa de mangas largas y pantalón para protegerse del sol bastaron, junto al entusiasmo, para emprender el reto.

“Iniciaron los viajes, en bicicleta la mayor parte de las veces, desde Jobocí, en Yara, donde vivo, hasta El Descargadero, localidad cercana al aeropuerto de Manzanillo, donde está el cultivo. Tuve que cortar el marabú y el algarrobo chino que cubrían las 6.71 hectáreas. Hubo que dar bastante hacha...”, recuerda.

En medio del sacrificio está la responsabilidad de ser esposa y madre de dos niños, lo que asume, también, con todo el placer del alma.



“Me levanto cerca de las 4:30 a.m., preparo el desayuno, les doy comida a los animales del patio, unas gallinitas y patos que tengo, y me alisto para ir al campo. En muchas ocasiones, lavo por las noches para adelantar”.

Hace una pausa. Sonríe y asegura “mis niños y la tierra son mi gran orgullo”. Inclina por unos segundos la mirada hacia el suelo, y vuelve al diálogo con voz sosegada y acento campestre.

“Transcurrieron varios meses para ver el fruto de la primera cosecha, pero fue algo inmenso. Logré 121 mil pesos. Compré mi casa, algunos artículos para esta y otros personales”, expresa con marcado entusiasmo en su rostro.

“No pasó un día sin que yo no diera una vuelta. El cultivo es como un niño, de mucho cuidado”, preci-

sa que eso lo aprendió del abuelo, a quien desde pequeña ayudaba, lo mismo a enyuntar, que a poner discos en el arado o a sembrar.

Desde entonces, esa rutina ocupa la vida de esta campesina yarensa. “Recojo de 850 a mil quintales de arroz que van directo a la industria como alimento para el pueblo”.

No obstante, también encuentra tiempo para disfrutar de la música romántica, y elaborar una buena comida criolla, que le gusta tanto como el verde color de la campiña.

Por su destacada labor, Cedeño Guerrero ha recibido importantes reconocimientos, el más reciente fue la medalla José Antonio Echeverría, condecoración que otorga la Unión de Jóvenes Comunistas.



Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO
lcfrometa@gmail.com

Timbirichi o timbiriche, da igual

Voy a sacar la licencia para hacer un timbirichi
Voy a hacerlo con paciencia pa' que no sea michi michi...

Tony Ávila

Aquel singular cartelito dibujado en un punto destinado a la venta de pan con lechón, atrapó mi interés: “Divorcios en 24 horas. Satisfacción garantizada o le devolvemos a su cónyuge”.

En honor a la verdad, no encontré la relación entre el pan con lechón y el divorcio, pero como en este mundo lleno de quimeras cada quien se come lo suyo a su manera, sonreí, en tanto, disfrutaba de la picardía popular expresada en otros graffitis colaterales: “Joven soltero y sin compromiso alquila la mitad de su cama”, “Solicito novia con automóvil, por favor, las interesadas mandar foto del auto”...

¡Vaya timbirichi!, pensé, mientras recordaba la canción de igual título y el postulado que al respecto sostiene el cantautor Tony Ávila: “Es el símbolo más visible de los cambios realizados últimamente en nuestro país”, refiriéndose a esos comercios donde se vende y compra de todo... o casi de todo.

Este singular establecimiento primario, diseñado para levantar la economía familiar, se sustenta como iniciativa institucional de los cubanos, con incalculables dimensiones concebidas por el llamado cuenta-propismo, forma de gestión no estatal, generalizada en el territorio nacional, desde el año 2010.

Diversas son las variantes empleadas para agenciarse el espacio del negocio: un garaje deviene en guarapera, tienda de ropa, ferretería, peluquería, taller para arreglar bicicletas y celulares, copiar discos o memorias flash; la sala se convierte en pizzería, para ofertar desayunos, almuerzos a centros de trabajo... la azotea la transforman en local festivo para niños y jóvenes, abundan las rentas de habitaciones, bisuterías...

En esas tribunas esenciales del replanteamiento económico, todos tratan de ganarse la vida de disímiles formas, incluso, como estatuas vivientes, verdadera atracción turística, lástima que Teté, la del chu-chu-chú, no incurriera en esa modalidad, sería la persona más querida y mejor cotizada del barrio.

Así proliferan los vendedores de maní, tamales, yemitas de coco, cangrejitos con guayaba y el pan a domicilio, con sus acostumbrados pregones, reviviendo una vieja tradición:

-Panadero, si me llamas te espero y si no me compras me muero...

Otros incursionan como gestores de viviendas, fabricantes o revendedores de artículos para el hogar, también los desfavorecidos arquitectónicamente encuentran su espacio como carretilleros.

Este último tipo de figura pública apuesta siempre por el alza continua de los precios, no obstante las nuevas medidas para la comercialización de productos agrícolas en Cuba.

Pienso en quienes tornan el vino en vinagre y en los graffitis junto al pan con lechón, por eso volví al timbirichi de los simpáticos cartelitos y no pude contener la risa frente a un singular clasificado:

“Reconocida Industria Farmacéutica S.A. solicita intermediario de pruebas para el nuevo supositorio”.

Propuesta ideal para los revendedores, seguro estoy que solo a ellos les diríamos entonces:

-Arriba, caballero, ¡se acabó el abuso!

Diana mueve a manzanilleros

Texto y foto ROBERTO MESA MATOS



26 DE JULIO
Victoria de ideas

Diana es hoy el nombre que más se pronuncia en Manzanillo, pues es, precisamente, ese sustantivo propio la marca de los nuevos ómnibus que recorren las principales rutas de la ciudad.

Hasta 18 mil personas se trasladan por día utilizando esos carros, cifra que representa más del 50 por ciento de las que antes se movían en la urbe. Los viajes totales son 240, el doble de los precedentes.

Este costero territorio dispone hoy de 24 carros Diana, de una o dos puertas, que si bien no trabajan todos por varias causas, sí revitalizan las rutas entre los hospitales con seis guaguas, una para la calle General Benítez y dos hacia la Ciudad Pesquera, Las Novillas, El Dagamal y la Terminal de Ómnibus.

Ramón Agüero Pérez, director de la Empresa local de Transporte, asegura que con la entrada de esos vehículos también se abrió el servicio intermunicipal que enlaza a todos los territorios, con las excepciones de Guisa y Cauto Cristo.

El directivo afirmó que los trabajadores manzanilleros del sector saludan la fecha del 26 de Julio con la recuperación de otros ómnibus y la reparación de la terminal.

“Una brigada de la Empresa pinta la instalación y mejora el baño para mujeres, también esperamos ejecutar otras acciones antes de la histórica efeméride. En la Base de Ómnibus intensifican el trabajo para poner en funcionamiento el tractobus de la comunidad de Troya, sitio rural con amplia demanda de transporte”.



“Laboramos fuerte, porque, además, hoy, celebramos el día de los obreros del sector, por lo que transmitimos una felicitación a los choferes, técnicos, especialistas y mecánicos que, en cada jornada, se esfuerzan para mantener en alta los vehículos”, concluyó Agüero Pérez.

Las guaguas Diana alivian, en gran medida, el traslado de las personas hacia diferentes destinos en esta ciudad. Extenderles la vida útil a los nuevos ómnibus depende de todos, para que sigan andando por nuestras calles.